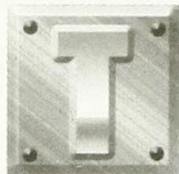


# Rosario, Rosario, Rosario

Lucía Rivadeneyra  
lrivadeneyra@terra.com.mx



Terminó el terremoto del 85, el movimiento cesó pero, a excepción del Chihuahua que ya era una nube de polvo, los edificios de Tlatelolco tardaron unos instantes más para volver a verse, aparentemente, incólumes. En el piso 12 una amiga y su marido asumieron, en segundos, que tenían que desalojarlo junto con sus dos hijos.

Ella se preguntó y ¿qué me llevo? ¡Mis fotos y los papeles! Se contestó. Después pensó que quizá un cambio de ropa. Pero las fotos fue lo primero que entró a un par de bolsas de plástico y ya con ellas, aseguradas, bajaron las interminables escaleras que los sacaron de un horror gestado por la naturaleza, para iniciar otro, el de la reconstrucción en todos los sentidos.

Así, Rosario Ibarra de Piedra por un horror gestado en mentes y manos asesinas, tuvo que dejar Monterrey y venir a la Ciudad de México. Ella se trajo un álbum con fotos de Jesús Piedra Ibarra, su hijo desaparecido desde el 18 de abril de 1975, y a algunas personas -como a Elena Poniatowska- se los mostraba. Por eso sabemos que hay fotos de Jesús, de Chucho, recién nacido; de Chucho a los cuatro años con su burrito Platero; de Chucho vestido de charro; de Chucho en San Juan de Ulúa en la celda de Chucho el Roto; de Chucho con su novia, de Chucho...

Han pasado casi 27 años desde aquel día en que no se fue, se lo llevaron. Desde entonces, miles, millones de personas sabemos que Rosario Ibarra de Piedra ha dedicado

su vida a exigir que aparezca Jesús. La metamorfosis de Rosario es sorprendente, de ser una mujer a quien la vida le sonreía, de pertenecer a una clase media acomodada, de ser la esposa de un médico y madre de cuatro hijos, dos hombres y dos mujeres, de vestir de manera socialmente aceptable, de pensar que el río no se saldría de su cauce, se convirtió con su figura menuda en una presencia infinita, incontenible.

Fue capaz de hablar con Luis Echeverría, es decir, de acercársele a pesar del Estado Mayor Presidencial, faena prácticamente imposible; fue capaz de verlo nueve veces en un solo día, de entregarle en propia mano una fotografía de su hijo con todos los datos. Su marido, el doctor Jesús Piedra Rosales, quien a sus 62 años fue detenido y torturado, le pidió que le sacara la verdad a Echeverría: "si nuestro hijo está vivo o muerto", y Rosario a bocajarro le dijo al presidente: "Dígame, por favor, si está muerto". El hombre le contestó que no sabía.

La tarde de la manifestación en contra del nombramiento de Díaz Ordaz como embajador de México en España, decisión que indignó a miles, en abril de 1977, ya en el sexenio de José López Portillo, la vi por primera vez al frente de la marcha. Ese día se acercó con Poniatowska y le dijo: "Tengo un hijo desaparecido". Ahí empezó su relación con ella. Luego participó en el mitin afuera de la Secretaría de Gobernación. Fue la más coherente, la que no se tiró el rollo, la que exigió la presentación de los

Rotmi Enciso



desaparecidos políticos. Fue, también, la que más aplausos cosechó.

Su primer departamento aquí en México lo tuvo en Paseo de la Reforma; después se mudó a Tlatelolco y desde hace muchos años vive en la colonia Condesa. Aprendió de golpe donde estaba el Campo Militar número Uno, Los Pinos, la Secretaría de Gobernación, la Procuraduría, los monumentos donde los presidentes acostumbran poner ofrendas florales. Organizó el Comité Pro-Defensa de Presos, Perseguidos, Exiliados y Desaparecidos Políticos.

Conoció al gabinete de Echeverría, de José López Portillo, de Miguel de la Madrid, de Carlos Salinas, de Ernesto Zedillo. Los gabinetes la conocieron a ella, incluidos los porteros, los subsecretarios, los elevadoristas, las secretarías, los particulares, los particulares de los particulares.

El 28 de agosto de 1978 instala una huelga de hambre de madres de desaparecidos políticos afuera de la Catedral Metropolitana y 83 mujeres se solidarizan con ella. Rosario y sus 83 Aves Marías que están peor que huérfanas porque las despojaron de sus hijos y no tienen a dónde ir a llorarles. Otras muchas aunque no vienen, le dicen que están con ellas. Ella anima y motiva a las o a los que le contestan "pues ya le mandamos decir su misa". Pide que denuncien cualquier atropello en contra de los derechos humanos.

A Rosario, el 31 de agosto de aquel año, le piden en buen plan que levante la huelga antes del 1º de septiembre, día del Informe. Para no arriesgar a nadie más la levanta. Su

huelga la han cubierto medios de comunicación nacionales e internacionales. Al día siguiente, durante el Informe, López Portillo concede una amnistía.

Durante los años ochenta, Doña Rosario se convierte en la primera mujer candidata a la presidencia, por el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT). Rosario aparece en todos los periódicos, en la sección de política; la buscan decenas de mujeres que tienen hijos desaparecidos. Su sonrisa, quizá sea su sonrisa lo que siempre convence, una sonrisa franca, aunque triste la acompaña. Su imagen da confianza. Ella da confianza, está consciente de que si alguien comete un delito debe ser juzgado, pero no torturado y menos desaparecido.

En el actual sexenio, se han roto coágulos de las heridas y algunos funcionarios y ex funcionarios declaran sobre la guerra sucia de los años setenta y ochenta. Hoy en día la gente del poder de entonces se dice inocente. No saben nada o lo han olvidado todo. Incluso, el ex presidente López Portillo lamentó que "se ventilen temas remotos". Hace poco más de un mes, se decidió crear una fiscalía especial sobre desaparecidos en la que Rosario no cree porque según dijo en una entrevista por radio, "Una fiscalía no va a funcionar, ha habido del caso Colosio, del caso Posadas y de otros más y ¿qué se ha sabido?". Días después a la Procuraduría General de la República se le ocurrió citar a comparecer a 27 desaparecidos. Al respecto declaró: "¿Será un escarnio, una burla? En todo caso es un pésimo augurio".

A pesar del dolor de todos estos años, Rosario crece todos los días, su

lucha continúa con el mismo ímpetu. Participa en todo tipo de Foros sobre Derechos Humanos, en cualquier parte del mundo; sus lecturas se reflejan en los epígrafes de sus valientes y ágiles artículos semanales que publica en el periódico El Universal.

Rosario es presidenta del Comité ¡Eureka! Su casa sigue siendo de puertas abiertas. Su integridad total. Su sonrisa lastimada, se apoya en su mirada de biznaga. Cientos, miles la admiramos, la respetamos. Hace alrededor de cuatro años el subcomandante insurgente Marcos, con motivo de un 10 de mayo le envió una carta en donde, entre otras cosas, le dice: "Feliz y digno vientre que parió tanta lucha y tan noble vergüenza. Feliz hijo cuya madre revuelve la historia y la memoria. Felices nosotros de haberla conocido como luchadora, como mujer, como madre. Acepte usted un hijo, una hija, muchos hijos más. Nosotros, los de usted".

A Rosario Ibarra de Piedra y a todas las madres de desaparecidos políticos nunca se les abre la cicatriz porque nunca se les ha cerrado ni se les cerrará. Ellas tienen la herida abierta y es profunda, abismal, infinita. Citorios como el arriba mencionado sólo son limón y sal en carne viva.

Ellas tienen la fotografía de sus vástagos en el pecho y saben que mientras no se entierre a un hijo o a una hija, su familia, la madre, el padre, hermanas, hermanos, tíos, tías, siempre lo estarán esperando a comer para que se vaya con el estómago lleno al campo, a la oficina o, en el caso de Jesús Piedra Ibarra, para que se vaya a la Facultad a concluir su tercer año de medicina.